

para ganarse la vida. Vivió una experiencia traumática —física y psíquicamente— en la primera guerra mundial, en la que participó. Tuvo un primer matrimonio, con cuatro hijos, que no duró mucho y del que no asumió la paternidad, salvo cierta ayuda económica. Tenía —en todo este período— tendencia a vivir en grupo, dos parejas, dos mujeres, una mujer y dos hombres; una búsqueda de un grupo cerrado donde poder fortalecerse y protegerse. Encuentra en Laura Riding a alguien que cree en él pero que cree, sobre todo, en ella misma. Una mujer diabólica, bastante insoportable, asexual e histérica, más temida que amada por los familiares y amigos de Graves. No obstante, Graves la defendió como a una verdadera diosa Blanca. Nuestro biógrafo no analiza el porqué de esa relación, ni entra en demasiados detalles, aunque tampoco nos priva de muchos datos. Sorprende la tenacidad de Graves, aislado en Mallorca, viviendo con una mujer que no es «su» mujer, con la que no tiene vida sexual pero que, evidentemente, no le impidió escribir algunas de sus buenas obras, entre ellas la conocida *Yo, Claudio*, poco valorada por Riding.

Nuestro biógrafo, que puede dedicar varias páginas a contarnos un litigio referente a la biblioteca en común que tenía la pareja Laura-Graves con su primera esposa y su amante (un poco mezquina, dicho sea de paso, porque no es realmente una biblioteca, sino muy pocos cientos de libros), no nos dice *qué lee* Graves, salvo en una o dos ocasiones, escuetas, en la que informa que anda leyendo a los historiadores latinos. Esto es un fallo dentro de esta, por otra parte, notable biografía. Graves está en Mallorca, donde vivió gran parte de su vida, pero no nos dice si aprende español o mallorquí, si tenía algún trato con literatos españoles, si alguna vez le interesó la historia y la literatura españolas, tampoco qué le interesaba del resto del mundo. Caramba, es demasiado. De pronto, Graves sube del sótano y tiene escrito *Yo, Claudio*, mientras que nos hemos enterado de todas las brujerías de una escritora menor que él. No es lógico. No digo que esa información esté mal, sino que desvirtúa la obra al no estar compensada con detalles sobre la formación intelectual de Graves, del que apenas si nos enteramos que no acertó en ninguno de sus juicios sobre poesía del siglo XX (Eliot, Pound, etc.). Me pregunto cuál será la causa de estas significativas ausencias y una de las respuestas que encuentro es que se trata de la biografía escrita por un familiar perteneciente a una familia con una gran trama novelera. Richard Perceval Gra-

ves se ha sentado junto a la chimenea a mirar los viejos papeles de la familia y se ha olvidado de que los lectores de Graves, aparte de estar interesados en esos papeles, lo estamos en el escritor: pero no tanto en lo que dejó escrito —puesto que leemos una biografía—, sino en lo que no dijo: sus conversaciones, sus investigaciones, sus lecturas. Esperemos que en el largo período restante, si llegá a estudiarlo, pueda subsanar estas lagunas que merman una obra, por lo demás, valiosa.

Un hombre no debe ser recordado. Juan Carlos Suñén. Ed. Visor, Madrid, 1992

Juan Carlos Suñén ha publicado otros poemarios: *Un ángel menos* (1989), *Por fortuna peores* (1991) y alguna que otra *plaquette*. Tal vez la actual poesía española pueda delimitarse entre la capitaneada por la editorial *Renacimiento*, realista, con tendencia al formalismo y a la nostalgia, y la que viene de José Ángel Valente, como presencia tutelar, marcada por la rigurosidad, la conciencia lúcida del lenguaje y una búsqueda: que el significante sea el depositario mayor de los significados, o dicho con otras palabras, desplazar la gravitación de la poesía más hacia la presencia que hacia el significado. Ambas tendencias están afectadas por peculiaridades y actitudes que rectifican y ratifican sus poéticas.

Pero toda obra que de verdad lo sea tiene características propias, aquello que la convierte en irreductibles a una tendencia, un modo o una moda. El libro de Suñén no participa de ninguna de estas tendencias, y no es necesario que así sea: tiene un aire épico, con recurrencias continuas a la retórica latina, tanto que en ocasiones nos parece que fuera alguna traducción no localizable. Es ya antiguo este modo de impostación. El mismo Brodsky lo emplea en algún poema suyo con notable resultado («A un amigo romano»), aunque sin llegar a convencer del todo. La clave está en cómo se haga: no se puede escribir con la retórica latina, y con los referentes latinos, como si viviéramos en la Roma de Catulo, al menos que medie la ironía. Suñén, en poemas elegantes y en ocasiones conseguidos, nos muestra un mundo que se pretende, quizá, símbolo del nuestro. El mismo autor nos alerta que «bajo el desfile debe poder adivinarse, lírica, la marea». Pero, quizás, en poesía no hay

desfile y la marea debe estar sobre la playa de cada página. No poesía de la evidencia pero sí evidencia de la poesía.

El amigo de las mujeres. Gustavo Martín Garzo. Ed. Caja España, Oviedo, 1992

Erotismo, humor, discurso fragmentario de una pasión amorosa que se expresa por acercamientos y vislumbres. Este libro de relatos de Gustavo Martín participa de una literatura que propone el fragmento como acercamiento o metáfora de la realidad: o una realidad metafórica como continua oscilación. Lo que vemos y sentimos no es menos real por fragmentario y quizás este tipo de narración lo expresa mejor que el discurso que trata de totalizar la experiencia.

Por otro lado, *El amigo de las mujeres* adopta la forma de un diario en el que se mezcla una película recién vista o una escena en el autobús. Siempre algo inacabado, como la pintura y la poesía japonesa, un gesto gratamente inconcluso el que más que lamentar se celebra esas imágenes huidizas. Además, Gustavo Martín se complace en la microindagación psicológica. Pequeños relatos de una sensibilidad fetichista, de un coleccionista de casos sueltos, un recolector de iconografías y escenas, íntimas y urbanas, reales o inventadas. No es que en este libro haya ruptura de los géneros, sino más bien, una apuesta por el relato mínimo en el que es un maestro Augusto Monterroso.

En textos de tanta economía, la distancia es corta, es decir que cualquier gesto se hace evidente. Es más fácil escribir una novela aceptable que un cuento aceptable, y más fácil esto último que un poema aceptable. ¿Por qué? Porque no hay forma de esconder los escombros, las piezas sueltas, porque es más difícil cantar sin orquesta. Bien, esta economía retórica sitúa estas prosas en un lugar arriesgado y poco frecuentado por los españoles, por eso es de lamentar que, a pesar del buen hacer literario que demuestra Gustavo Martín, cometa laísmos que una consulta al *Diccionario de dudas de la lengua española* de Manuel Seco o algún amigo andaluz hubieran solucionado en beneficio de su prosa.

J. M.

Libros de poesía

Cantos del Despotado de Moreas. Hugo Gutiérrez Vega. Editorial Verbum, Madrid, 1991, 37 páginas

El Imperio Bizantino, pese a discutir a veneno y puñal sobre el sexo de los ángeles, solía tener sorprendentes brotes de sinceridad: el Despotado fue uno. Territorio gobernado por un príncipe, el Despotado era una división gubernamental con más lazos culturales que políticos respecto a Bizancio, por lo que resultaba de hecho un estado independiente: el Déspota ejercía la suma del poder. Reproducción en apenas un siglo de la tortuosa historia bizantina, el Despotado Griego de Morea, cuya capital era Mistrás, fue fundado por Juan VI Cantacuceno para su hijo menor Manuel. Abarcaba todo el Peloponeso, Morea en denominación romana. Manuel Cantacuceno tuvo que luchar durante toda su vida para mantenerlo frente a las apetencias de Juan V Paleólogo. Tras su muerte, Teodoro Paleólogo, hijo de Juan, fue consagrado Déspota. Los sucesores de Teodoro se disputaron tan sangrientamente el poder que no pudieron frenar el avance turco: siete años después de la caída de Bizancio, Mehmed II conquistó Mistrás. El cortesamente retorcido feudalismo oriental fue aniquilado por un Imperio Otomano unido por la pujanza de su expansión, la vieja historia del imperialismo.

Hugo Gutiérrez Vega ofrece en los *Cantos del Despotado de Moreas* una melancólica evocación de los instantes inmediatamente anteriores a la caída de Mistrás en manos turcas, ante los restos actuales de la pequeña ciudad agrícola de apenas 700 habitantes entre ruinas de murallas, iglesias corroídas, palacios hundidos y derrengadas obras públicas: «ciudad difunta», según el poeta, «ciu-

dad que me ha dejado/ el sabor de la muerte/ y la precaria certidumbre de la vida».

La poesía directa y sensitiva de Hugo Gutiérrez Vega consigue una honda reflexión sobre el fin del complicado mundo bizantino a partir de la cotidianidad «con una compansión iluminada» donde late, personalísimo, un eco de Cavafis despojado de la amarga ironía del alejandrino.

Dieciséis poemas que incluyen un arte poético donde pregunta «¿En dónde está el poema?/ ¿en las palabras/ o en lo que hay más allá?» Y que Gutiérrez Vega encuentra a cinco kilómetros de las ruinas de Esparta, a pie del monte Taigeto: «Pienso en ellos y sé que al evocarlos/ renace su memoria...» Tras veinte libros de poesía reunidos en 1987 con el título de *Las peregrinaciones del deseo*, este libro enriquece la obra de un poeta de quien Carlos Tirado Zabala ha dicho: «Las influencias más evidentes en la poesía de Gutiérrez Vega son los lugares y sus gentes». Un cronista sensible del asombroso espectáculo de la vida.

Poemas invisibles. Gastón Baquero. Editorial Verbum, Madrid, 1991, 61 páginas

Gastón Baquero, joven poeta de setenta y cinco años —Banes, Cuba, 1918— publica este pequeño libro con un dolorido gesto de sembrador. Lo dedica «A los poetas que llegan y seguirán llegando...» con generosa fe de que «...nada puede secar el árbol de la poesía». Pero desde su condición de exiliado desde hace muchos años: «Esta parva cosecha lleva el nombre de *Poemas invisibles* porque adivino para los que la componen el mismo destino limbal que tuvieron sus hermanos». Un poeta exiliado es, efectivamente, un poeta en el limbo. Se convierte en un poeta secreto tanto en su país de origen como en el que lo acoge, pues resulta marginado del tumulto cotidiano de la vida literaria de ambas naciones. En la suya, porque sólo santo presente causa devoción, como dice el refrán. Y en la ajena, porque sus modos literarios siempre sonarán a extranjerros. De manera que queda reducido a poeta joven: cada publicación se transforma en una reválida.

Gastón Baquero pertenece al grupo de la revista *Órigenes* (1944-1957) que fundara Lezama Lima y que dio finalmente nombre a toda una generación. Autor de una

obra menos vasta que amorosamente destilada donde predomina la amplia respiración de un versículo de plástica flexibilidad sensitiva, explora la cordialidad, la melancolía o el placer de la cultura más imaginativa sin caer en el ditirambo enfático ni en la épica acorazada. Poeta de humanísimas resonancias, aun los temas más depresivos —por ejemplo, el poema «El Viajero» sobre la inutilidad aparente de estar en el mundo— se transforman en líricas ensoñaciones fraternales a las que en vez de dolorosas, conviene calificar con el más delicado adjetivo de dolidas.

Gastón Baquero es un hondo poeta americano injustamente desconocido e inexplicablemente postergado. Su condición de cubano exiliado lo margina del aplauso obediente de la cultura oficial de su país y de la celebración provinciana habitual en la crítica española.

Acaso lo más doloroso del exilio sea la situación de ser habitante de la tierra de nadie donde languidece el exiliado. Pero acaso también, la poesía no sea otra cosa que la forma externa del exilio en un mundo que se maneja con códigos de tarjetas que certifican la pertenencia a algún clientelismo.

Vidas ajenas. Rafael Inglada. Olifante, Ediciones de poesía, Zaragoza, 1991, 55 páginas

El soneto es más que una mera combinación estrófica obligada a un trovadoresco encadenamiento de rimas consonantes: propone un equilibrio entre concisión, profundidad y música característico de la buena poesía. Desde su invención atribuida al poeta siciliano Giacomo de Lentini que hacia 1233 segregó una estancia de la extensa y compleja canción provenzal, los profesores de preceptiva literaria han promulgado múltiples reglas en un intento de fijar la perfección expresiva del soneto. Pero los creadores se han encargado de abortar sus esfuerzos: cada soneto con felicidad expresiva ha generado nuevos modelos. Parecería, en realidad, que el soneto es una actitud ante el acto creador que hace patente la convencionalidad de la expresión poética para superarla mediante el suceso sorpresivo y esencial de la poesía. De ahí su continuada vigencia durante más de siete siglos como desafío creativo.

Vidas ajenas de Rafael Inglada contiene, fundamentalmente, una serie de sonetos de personalísima expresión